



Las lavanderas

En la película que inexorablemente el tiempo va grabando queda impresa una estampa que representa al pasado, un cartel de vieja secuencia muy difícil de repetir en nuestras islas con la proyección que en otras épocas tuvo: las imágenes de la especial actividad de las lavanderas.

En el “imperio de la máquina”, del agua en las viviendas, de los espacios reducidos, el hogar cambió la pileta por la lavadora y en el campo los lavaderos por los grandes artilugios dedicados a limpiar y perfumar todo tipo de ropas.

Ya no será posible ver, salvo en películas del pasado, las viejas y jóvenes lavanderas portando sobre sus cabezas, o sobre bestias, enormes fardos con la ropa sucia para presenciar días después su regreso con iguales bultos aunque con evidente mejor distribución camino de las casas de quienes les encargaban el lavado y planchado de la ropa.

Caminando la tierra isleña es fácil tropezar con los lavaderos en los fondos de los barrancos, en las acequias cercanas o cruzando los caseríos, en muchos casos, con derechos seculares al lavado de la ropa por parte de la vecindad.

Ya la industria acabó con ese lavado manual y ese olor a campo que traían las ropas así tratadas. Quedan unos lavaderos abandonados, otros para el uso familiar, algunos siguen usándose de

manera comunitaria, yendo a menos cada año.

Resulta curiosa la coincidencia de que, a las “Alpispas” también se les dé el nombre común de Lavanderas. Como símbolo de pureza o limpieza. Con imágenes y versos donde el agua fluye o discurre diáfana, transparente, limpia, fresca.

Las alpispas se dice que llevaban el manto de la virgen cogido por sus picos. En los barrancos, en los pagos donde aún se lava al aire y sobre la piedra de cantería, la ropa se tiende sobre las rocas o sobre las puntas de las pitas...

Donde “la luz” no llega, quizás el agua del abasto tampoco, las mujeres acuden a los escasos lavaderos que van quedando. Mayor es la afluencia a principios de semana. O cuando el tiempo lo permite.

—¡Vámonos a lavar, que ya luce el sol!

Y cual conjuro, los remansos naturales y los lavaderos en las acequias se llenaban de pispeante actividad con mujeres que igual cantaban que hablaban de las cosas que pasan. Antes más, ahora apenas, quizás por ventura, unas pocas...

¿Cuánto más? La respuesta no es fácil. La imagen, aún permanece. Sirva de homenaje, sencillo pero cargado de todo el sentimiento que la tierra canaria y sus gentes despiertan, a esas tantas mujeres que aún lavan a la vieja usanza, por gusto o por necesidad.

Lavanderas, alpispeo alrededor del agua y la piedra mientras la ropa se tendía al sol como las alas del simpático pájaro hermojeando con sus colores el entorno donde la figura de la mujer igual le pone especial encanto junto al esfuerzo que significa lavar sobre piedra, con jabón —hoy detergente cuyos envases afectan la limpieza del lugar— y sin duda, con sudor que no impide también la sonrisa y que haya o se oiga de vez en cuando una canción.

TEXTO Y FOTOS:

ANTONIO CARDONA SOSA

